

# La proyección cultural del psicoanálisis argentino

I

**U**n día de octubre de 1921, según nos relata Elisabeth Roudinesco en su historia del psicoanálisis francés, André Breton golpea a la puerta del consultorio de Freud, excitado por la idea de un encuentro con el creador de la psicología del inconsciente cuya obra había seguido sólo con retraso en sus traducciones francesas. El encuentro resulta decepcionante para Breton, ya que Freud no muestra interés alguno por sus ideas, a pesar de los muchos puntos en común entre ambos hombres: Breton llega a la literatura desde la medicina y la psiquiatría y busca en el eminente psicoanalista mayores fundamentaciones para su poética, que explora las maravillas del automatismo mediante el cual el inconsciente se expresa sin restricciones racionales. La indiferencia de Freud frente a Breton surge, según Roudinesco, de una ignorancia sobre los proyectos ideológicos de la vanguardia literaria, que por su interés en lo onírico y en la escritura automática da lugar a una de las dos principales vías de penetración del psicoanálisis en la cultura francesa. La otra vía, médica y científica, sin embargo, le preocupa a Freud más que la literaria, ya que ella parece ocluida en el país galo debido al fuerte prejuicio contra todo lo que llegue en lengua alemana. No sin razones, Freud teme que un acercamiento a la bohemia literaria, que idealiza los procesos inconscientes pero que proclama la destrucción de la cultura oficial, resulte poco beneficiosa al psicoanálisis para penetrar en el ámbito cartesiano y racionalista de la psiquiatría francesa donde, además, debe luchar —en traducciones lingüística y culturalmente desconfiables— por la primacía de sus ideas frente a las de Pierre Janet y sus discípulos.

El episodio entre Breton y Freud es sintomático de una ambivalencia repetitiva del movimiento psicoanalítico respecto del estatus propio del psicoanálisis en la cultura moderna. Freud proclamaba su validez como una disciplina científica (y por lo tanto universal) y se mostraba preocupado porque no cayera en una concepción de vida, una *Weltanschauung*, para peor germana y en su vertiente judía. Pero, al mismo tiempo, bajo la expresión dudosa de «psicoanálisis aplicado», Freud apoyaba una forma de acercamiento a los fenómenos culturales e históricos que iba mucho más allá del campo restringido del estudio del inconsciente mediante las técnicas desarrolladas en la relación con los pacientes en un consultorio privado. Esa ambivalencia se expresaba, entre otras cosas, en el debate sobre el análisis profano, defendido fervorosamente por Freud frente a las autoridades vienesas cuando los médicos denunciaron a su discípulo Theodor Reik por ejercicio ilegal de la profesión. En efecto, el análisis profano abría las puertas del movimiento psicoanalítico a personas con formación humanista y literaria que se volcarían con mayor naturalidad al estudio de los fenómenos culturales y harían del psicoanálisis una disciplina más cercana al campo literario que al científico.

## II

Esos dos proyectos del movimiento psicoanalítico internacional convivían dentro de la Asociación Psicoanalítica Argentina el primer día de su fundación oficial, en 1942. Uno, de corte humanista, se acercaba, en su interés por la locura, a la poesía, la filosofía y la política. En esa versión, el psiquismo tenía que ver con el alma. El otro era de corte clínico, reconocía su parentesco inmediato con la medicina, sus certezas se dirigían a la concepción de la neurosis y el psiquismo del que hablaba se alojaba en la unidad mente-cuerpo. El proyecto humanista tenía sus antecedentes inmediatos en el clima político polarizado anterior a la guerra y en las obras más especulativas que Freud escribió en los años treinta. Sus raíces decimonónicas estaban en el hospicio y en la especulación laica sobre el pensamiento alterado en la locura, ya vista como un malestar de la sociedad tanto como del individuo. El proyecto clínico prosperaba dentro del vínculo dilemático con la medicina: incorporación, especialización o disciplina autónoma, alternativas referenciadas al campo dibujado por los hombres de blanco para aliviar el sufrimiento humano. Este proyecto se profesionalizaba con mayores certezas que aquél, apto en apariencias para todo tipo de diletantismo intelectual. La primera hora de la APA admitía activamente el psicoanálisis francamente *amateur*, pero ya en su segunda hora ésta pre-

firió la profesionalización. Ella requería de una escuela, el Instituto que toda asociación creaba y cuyos egresados, y sólo a ellos, incorporaba como miembros. El psicoanálisis humanista, aunque valorado, era mucho más difícil de codificar y enseñar. El psicoanálisis clínico, además, exigía una dedicación exclusiva, dejando poco espacio para los discursos que se salieran del ámbito más estrecho de la práctica clínica y los trabajos científicos derivados de ella.

Por razones de la historia occidental del quejumbroso mundo de la entreguerra, el alma era exorcizada en alemán, mientras que la mente respondía mejor al inglés, con creciente acento norteamericano. Bettelheim lo dijo bien: la traducción de Strachey al inglés —que se convirtió en la presentación estandarizada de la obra freudiana— difundió un Freud medicalizado que, gracias al triunfo bélico y económico de los Estados Unidos en los años cuarenta, impuso la victoria de la mente por sobre el alma al lector psicoanalítico medio que no tenía acceso directo al idioma de Freud. Por esa vía el psicoanálisis en inglés —el de Anna Freud y sobre todo en la Argentina el de Melanie Klein, ambas radicadas en Londres— pasó por ser el lenguaje del psicoanálisis universalizado y por lo tanto aquél en el que se manifestaba el proyecto profesionalizante en la Argentina, a pesar de la preexistencia de una defectuosa traducción castellana.

No había una versión única de cada proyecto en el pequeño grupo originario del psicoanálisis argentino. Para algunos, como Pichon-Rivière, el proyecto humanista implicaba una postura laica y cosmopolita, con una simpatía clara por las ideas de la izquierda intelectual y por lo tanto en debate con el marxismo, mientras que para otros, como Celes Cárcamo, aquél era menos politizado, no excluía los valores judeocristianos y permitía acercarse al pasado cultural hispánico o precolombino con cierta reverencia. Los dos proyectos, además, a menudo convergían en el mismo individuo. Sin embargo, se desarrolló rápidamente una especie de división del trabajo por la cual Pichon-Rivière fue el vocero más audaz y consistente del proyecto humanista, en su caso vinculado con sus posturas anárquicas y su interés vital por la literatura fantástica, mientras que su más cercano colaborador y amigo íntimo de los años iniciales, Arnaldo Rascovsky, encarrilló sus esfuerzos en la dirección del proyecto profesionalizante centrado en ese momento en la medicina psicosomática. Pichon recogía una tradición de la praxis psiquiátrica, localizada en los hospicios y por lo tanto cercana al Estado, a la política y a una realidad social cruel que se manifestaba en la locura de los desamparados. Rascovsky, en cambio, expresaba las preocupaciones de una práctica terapéutica y de un estilo de investigación asociados indisolublemente a la clínica médica, cuyo centro de acción era el consultorio privado para las nuevas clases medias. El analista que le ense-

no el oficio a ambos y los introdujo formalmente en el campo psicoanalítico, el español Ángel Garma, era portador de ambas tradiciones. Había recibido su entrenamiento psiquiátrico y psicoanalítico en la escuela de Berlín en los años veinte, cuando ella representaba la vertiente más disciplinada y profesionalizada del movimiento psicoanalítico, pero lo había hecho junto con Theodor Reik, aquel analista profano vienés defendido por Freud. Proveniente de la literatura, Reik había dedicado sus primeros estudios a la obra de Flaubert y sus trabajos más profundos al análisis de la religión. El primer libro importante de Garma, el texto sobre el análisis de los sueños publicado poco después de llegar a la Argentina, refleja bien su formación e intereses literarios que sin duda transmitió a sus discípulos más destacados de ese momento, Pichon-Rivière y Arnaldo Rascovsky.

En un libro reciente sobre el psicoanálisis argentino desde sus orígenes hasta la crisis de los años setenta intenté mostrar el éxito que tuvo el proyecto profesionalizante y, por lo tanto, me detuve en los sucesos que llevaron a la emergencia de un campo propio, dominado por la Asociación Psicoanalítica Argentina y su Instituto de formación de psicoanalistas. La APA, originariamente abierta al análisis profano y con fuertes vínculos en el campo cultural más amplio, tendió a convertir al psicoanálisis en una especialidad médica, en particular desde que cerró sus puertas a los que carecían de dicha formación. El campo de actuación que delimitó la APA derivó de esa práctica pero se expandió enormemente con la creación de una profesión subordinada, la psicología, que en la Argentina recibió desde sus comienzos en la segunda mitad de los años cincuenta una fuerte influencia del psicoanálisis. Médicos psicoanalistas de la APA y psicólogos (o más apropiadamente, psicólogas) formados fuera de ella pero igualmente dedicados a la clínica desarrollaron una práctica con fuerte penetración en la sociedad argentina. De hecho, la enorme proyección del psicoanálisis en el campo literario y cultural derivó más que nada de esa presencia cotidiana del psicoanálisis en la vida de los porteños, aunque también ha sido notoria la producción de los mismos psicoanalistas en campos como la novela y la poesía, el teatro, el ensayo sociopolítico y la crítica literaria y artística. La oferta psicoanalítica en castellano, su cantidad y calidad, explican la penetración de perspectivas freudianas en la cultura. En este artículo presento los lineamientos generales para esta visión del movimiento psicoanalítico centrada en su proyecto cultural, en contraste con la que desarrollé en aquel libro. Parto de la figura de Enrique Pichon-Rivière, reconocido por todos como el principal animador de ese proyecto aún después de su muerte, ocurrida en 1977, y del tema que lo obsesionó durante toda su vida: la concepción freudiana de lo siniestro, que Pichon aplicó al análisis de la vida y la obra de Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, comenzan-